

primitivo con los dragones que jamás vio. De ese modo, mientras prosiguen las recreaciones de todo tipo, el gran saurio no ha perdido su puesto destacado en la fantasía colectiva; y repite sus efectos de acuerdo con esas claves comunes que, a partir de la información paleontológica, refleja parte de la llamada cultura popular, esto es, la historieta, el cine, la televisión y la literatura fantacientífica.

Con toda su bravura, con toda su espectacularidad, los dinosaurios que analiza en su monografía José Luis Sanz desafían el espíritu científico, y ello no debe resultarnos extraño, pues el curioso descubrirá en estas páginas un estudio en profundidad de toda esa mitogenia que comentamos. Sanz, catedrático de paleontología de la Universidad Autónoma de Madrid, acredita un sobrado conocimiento de los reptiles del mesozoico, tan claramente reconocibles en la roca como en su expansión imaginaria. El proyecto de su obra es doble; por un lado describe la trayectoria del *mito* del dinosaurio, por otro, plantea un análisis de ese fenómeno sociocultural. Sin aludirlo, tales argumentos nos recuerdan un tema que, tiempo atrás, ya estudió Foucault: el fósil permite que subsistan las semejanzas a través de todas las desviaciones recorridas por la naturaleza, y funciona como una lejana y aproximativa forma de identidad.

G. U. P.

Españolas en la transición. De excluidas a protagonistas (1973-1982), Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, 485 pp.

A finales de 1996 un grupo de mujeres, hoy «históricas» —como ellas mismas se autodefinen—, se vieron desagradablemente sorprendidas por la ausencia de referencias a nombres de mujeres en el periodo de la transición cuya historia, con motivo de la mayoría de edad de la Constitución, se empezaba a conmemorar.

Les pareció injusto el tratamiento de exclusión para todas aquellas que con su compromiso y entusiasmo hicieron posible el cambio del que hoy disfrutamos los españoles y las españolas. En consecuencia, decidieron hacer memoria y poner manos a la obra, y el final feliz ha sido el presente trabajo que comentamos: *Españolas en la transición. De excluidas a protagonistas (1973-1982)*, realizado por treinta y dos universitarias licenciadas en distintas facultades: abogadas, médicas, matemáticas, biólogas, periodistas, politólogas, ingenieras, profesoras de universidad y de enseñanza media. Es de señalar que las autoras pertenecen a diferentes ámbitos ideológicos y que todas ellas han recogido informaciones rigurosas sobre cuanto escriben. El resultado ha sido un libro muy especial, ya que no pretende ser una tesis doctoral sino simplemente

recoger retazos de historia, «de esa historia a veces callada, otras gritona —cuando las circunstancias no permitían otra opción, aseguran las protagonistas—, pero vivida siempre en la búsqueda incansable del reconocimiento de los derechos y derrochando riesgo y compromiso». Han conseguido hacer, sin duda, una interesante recopilación de datos sobre los que otras personas podrán trabajar, ya que suponen una buena base para posibles estudios críticos posteriores.

El presente volumen, de casi quinientas páginas, está compuesto por nueve capítulos: Asociaciones de mujeres; Cambios legislativos; Las mujeres y las instituciones; La participación política de las mujeres; Mujer y educación; Las mujeres en el mundo laboral; Mujer y salud; Comunicación e información, y La transversalidad de la presencia femenina.

¿Por qué situar en primer lugar a las asociaciones de mujeres y al movimiento feminista? La respuesta es que se quiere dejar constancia de la importancia que, para una sociedad como la española le esos años, tuvo la participación de las mujeres en grupos, asociaciones y partidos políticos. Cómo su presencia hizo posible la creación, en ocasiones, de un clima de opinión favorable a determinadas cuestiones que, durante la dictadura franquista, habían estado revestidas de prohibiciones y tabúes. El año 1972

destaca como un periodo especial de logros, ya que se consiguieron conquistas importantes, como la despenalización de los anticonceptivos, la legalización de los grupos feministas y la eliminación del servicio social de las mujeres. También se preparan por entonces las exigencias para 1979: el divorcio y el aborto, tema, este último, muy conflictivo, ya que dentro del movimiento feminista había diferencias de fondo, y algunas se planteaban serias cuestiones de conciencia.

El entonces ministro de Justicia, Francisco Fernández Ordóñez mantuvo conversaciones y recogió sugerencias de los diferentes grupos femeninos, y es de resaltar que la ley de divorcio que se aprobó en 1981 contenía algunos de los presupuestos planteados. En cuanto a la ley de la despenalización parcial del aborto, se aprobó en el Parlamento a finales de 1983, pero no pudo entrar en vigor hasta 1985, después de más de cinco años de activismo febril, de debates apasionados y deliberaciones nucleadas en torno a tres puntos fundamentales: despenalización, legalización y ley de plazos o de indicaciones.

En los cambios legislativos y en las reformas del Código Civil, también tomaron importante parte activa los distintos grupos de mujeres, especialmente las juristas, y conseguida la equiparación legal, no dejan de ser conscientes de que

todavía subsisten problemas y discriminaciones de gran envergadura, como son los malos tratos y la violencia contra las mujeres, las diferencias en los salarios, y la dificultad para la percepción de las pensiones de alimentos establecidas en sentencias de separación o divorcio.

La educación es otro de los temas claves por el que han batallado las españolas en la transición, convencidas de que es un vehículo fundamental para la incorporación de la mujer a la vida social en términos de igualdad y de independencia. Y junto a la educación otras dos cosas se consideran igualmente importantes: el empleo y la salud, entendida esta última como el estado de bienestar físico, mental y social, y no la simple ausencia de enfermedades o males. Esta idea les llevó a poner especial empeño en el tema de los anticonceptivos y la planificación familiar. Las españolas que colaboraron a hacer la transición están seguras de que han abierto una brecha, mostrando una cara activa que rompe la falsa idea de que a la mujer le corresponden pasividad y privacidad. «Las que hoy tenemos más de cuarenta años –afirman esperanzadas– podemos decir dos cosas: que las cosas cambian y que vale la pena luchar por ello. Por eso seguimos».

Isabel de Armas

Das Inkognito. Goethes ganz andere Existenz in Rom, Roberto Zapperi, trad. Ingeborg Walter, Beck, München, 1999, 299 pp.

Un par de veces estuvo Goethe en Roma. Allí se sintió renacer en su verdadera patria a una verdadera vida. Jugó, entonces, con la idea de exilarse, como Tasso y Ovidio, pero prefirió volver a Weimar, donde fue el Virgilio de un modesto Augusto y, enseguida, el amante de Christiane Vulpius, futura madre de sus hijos.

Todo es más o menos sabido, pero los entresijos que investigó Zapperi, no. Y así nos enteramos de que Goethe circuló por Italia, a menudo, con nombre supuesto, ocultando a la persecución eclesiástica que era el autor del prohibido *Werther* y miembro de la masonería. También accedemos a sus cuentas de viaje, con anotaciones sobre amores venales (salvo en Roma, donde lo detuvo su miedo al contagio venéreo) y otras aventuras del sentimiento y el cuerpo. En ellas reaparece la multiplicidad afectiva de Goethe, capaz de enamorar a mujeres de pueblo, apenas letradas, de enamorarse de chicas muy corrientes que se casaban siempre con otros (en plan trágico, la historia de *Werther*) y de aficionarse a las grandes amazonas intelectuales como la señora Stein o la pintora Angélica Kauffmann.

Una vez más cabe admirar la inverosímil cantidad de documentos personales que Goethe ha dejado para que lo veamos en mármol y

bronce, pero también en carne y hueso, con el uniforme de ministro o en paños menores, de modo que su grandeza parezca más grande, valga el pleonasma, al compararse con su cotidianeidad.

Zapperi es informado y ameno, avanza hipótesis y las razona, se mete en intimidades del gran personaje pero no se deja deslizar por gratuitas truculencias. Así, aparte de lo evocado, podemos viajar por las rutas italianas del XVIII, visitar hosterías y albergues, recorrer listas de platos, quesos y vinos, en fin: tocar, por unas páginas, la fugitiva presencia de otros tiempos.

Sociología de la Europa Occidental,
Henri Mendras, traducción de María Hernández, Alianza, Madrid, 1999, 309 pp.

A pesar del retintín que acompaña su elocución, la palabra Europa se categoriza tardíamente, en el siglo XVIII. Mendras acota los alcances de su civilización en unos cuantos principios: el individualismo romano y cristiano (el individuo es anterior al grupo), la nación, el capitalismo y la democracia. Partiendo de esa base, echa minuciosas ojeadas a encuestas y estadísticas sobre las sociedades actuales de la Europa Occidental, que ofrecen grandes estructuras comunes y algunas picantes diferencias locales. Los europeos son cada vez más pareci-

dos políticamente y, por el contrario, acendran progresivamente sus diferencias morales y culturales.

Europa, por influjo del modelo nórdico, se homogeneiza en tanto tiende a una incesante modernización y un aumento de la riqueza material. La sociedad se diversifica porque el consumidor tiene más opciones de compra. En ese sentido, el gran paso es la incorporación de las mujeres a la vida pública, profesional y productiva fuera de la casa. Parejas de hecho, inmigración inasimilada, indiferencia religiosa, compartimientos estancos para jóvenes y viejos, desempleo institucionalizado son rasgos que acompañan el proceso. La tecnología ha contribuido a la descentralización y la autonomía, pero las sociedades siguen siendo jerárquicas por temor a la disolución. Familia, liturgia e ideología continúan existiendo como elementos de cohesión.

Frente a esta Europa, la otra, la Oriental, exhibe sus contrastes: no hay en ella naciones, sino tribus y reyes, con una confusa ligazón entre lo religioso, lo político y lo económico.

Europa Occidental se consolida, pero no sin riesgos. El mayor, convertirse en un imperio habitado por micronacionalismos. Pero también está la cultura del ocio como amenaza a la faz industriosa del capitalismo. Como siempre, avanzamos a tientas y confiados en el ensayo que es la materia de la historia.

B. M.